

PRIMER PREMIO DEL XII CERTAMEN DE RELATO BREVE ALFONSO MARTÍNEZ-MENA

Erizo, por *Paco Tejado Torrent*

LECTURA CRÓNICA

1.-

Que naciera con los ojos abiertos ya no tenía importancia; era un fruto estadístico de la estimulación precoz con música y masajes durante el embarazo. Pero que el niño juntara las palmas de las manos y las separara, las uniera de nuevo y las volviera a abrir, eso, hasta el momento, no se había visto. La comadrona entendió enseguida que el bebé no estaba aplaudiendo por el triunfo de haber nacido, sino que solicitaba de forma acuciante un libro.

El ginecólogo ordenó al punto que se lo trajeran. La enfermeras salieron corriendo de la sala de partos, torcieron por el pasillo de la derecha, esquivaron una cama donde trasladaban a un enfermo terminal, abrieron atolondradas la puerta de la biblioteca y regresaron triunfantes con un libro en la mano cada una.

Con lo insólito del acontecimiento, nadie había advertido que el niño no ha llorado al nacer y que seguía impávido sin llorar. Mientras las enfermeras iban y volvían de la biblioteca, el niño se mostró recelosamente inquieto en el tiempo de obligada espera – era una falta de previsión incomprensible que no tuvieran un libro a mano –. El recién nacido, que había paseado su mirada por las cuatro asépticas esquinas de la sala, suspiró de satisfacción al ver entrar a las enfermeras.

Llamaron urgentemente al pediatra jefe que, abrumado por las prisas, a punto estuvo de trastabillarse al entrar. Tras una somera exploración visual, emitió un rotundo diagnóstico:

– Parece tener todos los síntomas de “lectura crónica”. Se trata de una enfermedad extrañísima. Únicamente se han detectado tres casos en toda la historia clínica conocida.

– No digo que se haya equivocado, pero ¿no es posible un error insignificante en el diagnóstico? – se atrevió a comentar el padre de la criatura.

Dictaminó el pediatra que tenía un noventa y nueve por ciento de probabilidades de ser verdadero. Tan sólo un uno por ciento de margen de error. A falta de una sencilla prueba que corroborara los síntomas, todo indicaba que nos encontrábamos ante una opinión clínica concluyente.

– ¿Una prueba ha dicho? ¿Qué prueba?

– Esta.

El pediatra le arrebató el libro al bebé. El tierno infante, por vez primera desde el nacimiento, empezó a llorar y a berrear sin consuelo, con toda la premeditada intención de que era capaz. La madre le dio teta, por si tenía hambre. El niño siguió gritando desaforado. Lo acunó. El niño chilló como un poseso. Le cantó una nana. Ni por esas: pataleó encorajinado, se enrabietó todavía más.

– Veamos – dijo el pediatra –; un poco de magia.

Le puso el libro en las manos. El niño calló de inmediato. Buscó impaciente la línea donde había quedado interrumpida la lectura y... se puso a leer con inefable cara de felicidad. Sus labios dibujaron una sonrisa y al pobrecito se le cayó la baba de gusto.

Ahora las posibilidades ya no eran el noventa y nueve por ciento, sino el cien por cien. Certeza absoluta. Tenía lectura crónica.

– ¿Ese padecimiento es grave?

– Podríamos decir que no. Es más bien molesto, porque exige un tratamiento diario durante toda la vida. Hay que dejarlo leer ocho horas al día y todo marchará como la seda. Ahora bien, como no lea ese número de horas, se pondrá de un humor de perros y entonces tendrán que atenerse a las consecuencias. Un niño berreando encolerizado atormenta como una pesadilla. Desconcierta. Exaspera. Saca de quicio.

Ocho horas eran muchas. Demasiadas. El bebé tenía que dormir y eso ponía en peligro el tiempo dedicado a leer. Pero fue el propio niño quien dio con la solución. Para mamar, con una mano sujetaba la teta materna y succionaba ansioso, mientras que con la otra mantenía el libro abierto. Mirada a la teta, mirada al libro; mirada a la teta, mirada al libro. Lo mismo ocurrió poco después con el biberón. En una mano, la leche; en la otra, la lectura. Las digería ambas con fruición.

Cuando abandonó la infancia de leches, biberones y cremitas, pasó a la niñez con desayunos y meriendas de bocadillo. Se volvió exigente. Y selectivo. Ya se había leído todos los cuentos tradicionales publicados, cuando pidió literatura infantil específica para sus años. Al mismo tiempo, despreciando la bollería industrial, manifestó su preferencia por el bocadillo de tortilla de patata, de jamón serrano o de queso y chorizo. En ese mismo orden. Con primer puesto de podio para la inefable tortilla española.

Podíamos encontrárnoslo caminando por la calle con un bocadillo de jamón en la mano izquierda – el pan restregado siempre con tomate –, y con “La isla del tesoro” en la derecha. Combinaba el bocadillo de queso y chorizo con las novelas y relatos de aventuras. Sin embargo con la tortilla de patata se inclinaba prioritariamente hacia los tebeos.

Para la comida y la cena, utilizaba un atril en el que reposaban los libros con las fantasías de Jack London o de Poe, devorados con deleite similar a sus platos y postres favoritos.

Inventó incluso un sistema para leer mientras se duchaba. Impidió que las páginas de esos libros perecieran ahogadas. No había actividad que no pudiera compaginar con la lectura. Andaba y leía, viajaba en el bus o jugaba al parchís con el libro abierto, manejaba el manual al mismo tiempo que la videoconsola, compaginaba la revista y el balón, e iba en bicicleta, sin manos, que empleaba para leer y tomar notas.

Se enamoró con una novela en la mano. El relato tuvo que compartir la pasión con sus citas. Abrazado tanto a su novia como a la lectura, aprovechaba el breve instante de pasar página para darle un beso furtivo. Luego seguía leyendo impaciente esperando el siguiente beso, la

siguiente página, el siguiente beso, la siguiente página... Si por casualidad terminaba la lectura mientras estaban juntos, el final del texto era el principio de un beso largo, tierno y palpitante.

Su novia evitó que se convirtiera en un ser esquivo y aislado. Le convenció de que no se presentara a unas oposiciones de Secretario de Ayuntamiento. Difícilmente podría justificar que iba a tener que pasar muchas horas de oficina leyendo novelas y poesía. Tuvo la feliz idea de sugerirle que debía aprovechar su enfermedad crónica de lector empedernido a la fuerza. Podía convertirla en el argumento más importante para conseguir trabajo en una editorial y, de paso, hacerse con algún que otro amigo. Hasta el momento los había perdido todos. Por obvias razones médicas, no podía dedicarles más que unas migajas de su escaso tiempo libre. Eso, los días en que conseguía tenerlo.

3

El nuevo y flamante corrector de la Editorial era capaz de leer trescientas páginas diarias y anotar, en el margen, todos los errores que no debía reproducir la imprenta. El trabajo le liberó de la sensación de ser un esclavo forzoso y de andar como un drogadicto, con los ojos inyectados de letra impresa.

Cuando a los treinta años malició que, a ese ritmo, la incipiente miopía lo dejaría ciego, empezó a aprender Braille, para no quedarse también idiota. A falta de ojos, buenos eran los dedos para que no se le enranciasen las neuronas. La ceguera no le garantizaba, ni mucho menos, que se fuera a quedar exento de la obligación de leer ocho horas diarias. La puñetera e impertérrita “lectura crónica” no perdonaba al único paciente que sufría esa agobiante enfermedad en el mundo.

Seguramente debería de seguir leyendo por sí mismo, sin poder recurrir al socorrido método de tener un lazarillo como lector particular que hiciera la fatigosa faena por él. Para comprobar dicho pormenor y salir de dudas, hizo la prueba de que le leyeran. Como se temía, la solución tradicional no funcionó. La enfermedad le pertenecía y él debía proporcionarse a sí

mismo la medicina, sin poder recibir ayuda externa. Estaba condenado a ser su propio cuidador. No informó a nadie del descubrimiento y prefirió cargar él solo con el desmoralizador secreto que inundaba de una inquieta tristeza su casa.

Cuando le sobrevino la oscuridad, ya estaba preparado y cumplió con su perenne trastorno lector. Como no podía robar el secreto de los libros con los ojos, robaba las letras de puntos con las yemas de sus índices y, de ese modo, podía seguir llenando la memoria de palabras.

La editorial apostó fuerte y se convirtió en pionera del diseño y maquetación de libros para ciegos. Él no solo pudo seguir trabajando, sino que fue nombrado director de la Sección “Leer con los dedos”.

Se propuso promover una campaña de animación lectora entre los invidentes – el libro era un amigo que nunca les daba la espalda –. La apoyaron enseguida todas las instituciones privadas a las que les presentó el proyecto y hasta algún organismo oficial se ofreció a realizar los trípticos publicitarios del evento. Se convirtió en una campaña tan prestigiosa que cuando el Ministerio de Cultura organizó la famosa lectura del Quijote en el Día Mundial del Libro, por primera vez en la historia, un ciego, acariciando las palabras con los dedos, leyó en Braille el fragmento que le correspondía, como si fuera un actor, un novelista famoso o un miembro de la Real Academia de la Lengua.

De cuando en cuando, su novia de antaño, ahora su mujer, le leía en voz alta, no por compasión, sino por placer y disfrute de gran aficionada a la lectura.

Él no le confesó nunca que las horas que ella empleaba en leerle mitigaban un poco su fatiga – le relajaba oír su voz –, pero no servían para el cómputo de las ocho de medicación obligatoria, que después, a escondidas, tenía que completar sin remedio por su cuenta.

Contaba con la ventaja de que el Braille le permitía leer a oscuras, en la cama, cuando el estrés o el cansancio le producían insomnio. De ese modo, al día siguiente, durante la mañana, terminaba las ocho horas de lectura forzada y podía disponer de una tarde libre. Gozaba muy

pocas veces del placer de no hacer nada, de estar sentado en el sofá junto a su esposa sin llevar un libro en la mano. La lectura crónica no podía tomarse un día de asueto, ni, mucho menos, irse de vacaciones.

El disgusto que se llevó, al darse cuenta de que las yemas de los dedos índices se le iban encalleciendo, fue espantoso. Mucho peor que cuando presintió que se quedaría ciego y ya no vería entrar la luz y los sueños por la ventana.

Hubo un momento en que con los dedos índices no le fue posible leer. Se había quedado sin sensibilidad en las yemas. Aguantó cinco años más leyendo con los corazones, tres años con los anulares y tan solo uno con los meñiques. Su mente podía entrever que poco a poco iría perdiendo tacto y las ganas de vivir. No tuvo más remedio que confesarle a su mujer que las lecturas en voz alta que ella le hacía poseían gran calidad, pero no contaban para aplacar la cantidad del voraz apetito de la dolencia crónica que padecía. Tampoco el lector de pantalla “Jaws”, con su metalizada voz de robot, le servía de medicina; sus frías palabras apagaban el silencio del comedor, no la intranquilidad de su corazón.

Al no poder leer, esperaba que se cumpliera la profecía, revelada años atrás en varios cuentos famosos, de que al perder uno cualquiera de los sentidos, había otro que se agudizaba y recuperaba las funciones recién malogradas.

Pero la sutileza, que hubiera resultado fantástica, de que el olfato pudiese captar la palabra escrita e interpretarla, escapaba totalmente a su imaginación y a la ilimitada fantasía que posee la realidad.

No hubo ni siquiera un atisbo de que el olfato pudiera leer, pese a que el papel de los libros huele. Podía distinguir con nitidez un libro nuevo de uno antiguo. Podía percibir el perfume profundo de los libros de versos. Podía notar el sudor acre de los personajes de las obras de teatro. Podía aspirar la fresca fragancia de los libros de cuentos y olisquear intrigantes aromas, que son inexistentes fuera de los pliegos de una novela. De eso a que pudiera leer el libro por su olor, había un abismo que superar. Quizá lo habría superado, en el caso de haber poseído el

prestigioso olfato de los perros, o lo habrían hecho los perros, si éstos hubiesen sabido leer. Pero su olfato no reaccionó como se había pronosticado en los relatos apócrifos y permaneció dormido e incapaz de despertar los significados de los infinitos olores de la tinta.

4

No pudo resistir la tortura de un presente sin amor a los libros: la carencia física de lectura durante un solo día lo dejó paralizado. Paralizado y con un ataque cardíaco.

Cuando le faltaban pocos segundos para morir, no cerró los párpados. Como confirman todos los que cada día llegan a esa situación extrema, en un instante vio pasar toda su vida. Más bien vio pasar únicamente las cosas importantes. Como que la imposibilidad de leer, cuando era niño, se manifestaba en algún berrinche enfurecido o en una desaforada pataleta. Pudo ver también que, cuando se convirtió en adulto, el error genético de la lectura crónica le forzaba a leer diariamente para no ahogarse, como le ocurre al asmático que no toma su medicación. Leer era la aspirina diaria que le evitaba el riesgo del infarto. Leer era la inyección diaria de insulina que controlaba su nivel de azúcar. Leer era la penicilina que le alejaba de la sífilis de la estupidez.

Mientras pudo leer, soportó estoicamente la cadena perpetua a la que estaba amarrado.

Cuando no pudo coger las esperanzas que el libro le tendía, no poder leer fue como no tener manos con las que tocar la piel cálida de su mujer. Ni piernas con las que andar por el mundo de la imaginación. No poder leer se había convertido en su breve y jodida enfermedad terminal.

Entonces, en el último segundo, se dio cuenta de que en realidad no sabía cómo había nacido ni le importaba. Pero era consciente de que, por no poder leer, había llorado por primera vez en su vida media hora después de nacer; y por segunda y última, ahora que se acababa de morir con los ojos abiertos y con un libro ya inútil entre las manos.